

### **APERTURA DEL AÑO ACADÉMICO 2013**

Es como siempre un motivo de gran alegría para todos los que trabajamos en la Universidad darles la bienvenida a los estudiantes que conformarán las clases que recibirán sus títulos en los años 2018, 2019 y 2020. Deben saber que si nosotros celebramos la ocasión, se debe a la esperanza con que vemos su futuro, así como también lo ven sus padres y amigos. Con su ingreso a esta Universidad han dado un paso muy importante para ese futuro en sus vidas y merecen ya nuestro reconocimiento.

Su experiencia como estudiantes universitarios coincidirá con un proceso de gran transformación de la Universidad Austral, que a partir de este año retoma su proyecto fundacional de crecer en el Campus de Pilar. Para la Universidad serán años de desafío porque deberemos ir acompañando su formación con el aumento del número de aulas, laboratorios y toda la infraestructura y equipamiento necesarios para asegurar esa formación de calidad que caracteriza a la Universidad Austral. Poco a poco ocurrirá una migración de los profesores que irán aumentando sus dedicaciones hasta que la totalidad de las carreras se inicien y completen en este Campus. No obstante, sepan que hay numerosas actividades que seguirán desarrollándose en Buenos Aires y por supuesto, en nuestro Campus de Rosario.

Pero, queridos estudiantes, tal vez esto no sea lo mas importante que les sucederá en estos años, sino el mar de oportunidades que se les abrirán, como pocas veces ocurre en la vida. Aquí estarán rodeados de los

mejores profesores, de los recursos necesarios para su estudio, de excelentes compañeros y de muchas posibilidades que también dependerán del nivel de iniciativa y exigencia que Uds. tengan para con nosotros. Podrán aprender sobre temas nuevos e inesperados, conocer personas e investigar y descubrir en Uds. nuevas pasiones así como perseguirlas, profundizarlas y ampliar sus horizontes, para poder expandir su visión del mundo desde perspectivas no imaginadas previamente.

Quiero animarlos a tomar conciencia de lo que tienen por delante, para que sepan aprovechar al máximo todas estas riquezas que pondremos al alcance de sus manos.

Es todo un desafío, porque en los últimos años, el ser humano se ha visto expuesto a un avance vertiginoso de las tecnologías, pero también a la incorporación de nuevos principios básicos en lo que hace a la naturaleza de la materia y de la biología. Tanto vértigo nos lleva a preguntarnos ¿y ahora qué? ¿realmente con estas novedades se modifica la realidad de la perspectiva del hombre sobre la Tierra? Esa misma pregunta repetida en varias ocasiones a lo largo de la historia del hombre, fue respondida por Pio XII hace unos años: “El panorama, a primera vista ilimitado, que despliega la técnica a los ojos del hombre moderno, por extenso que sea, es sin embargo, una proyección parcial de la vida sobre la realidad, porque expresa únicamente las relaciones de la vida con la materia. Es pues, un panorama alucinante en el que se acaba de encerrar al hombre, demasiado crédulo en la inmensidad y en la omnipotencia de

la técnica, en una prisión vasta sin duda, pero circunscripta y, por lo tanto, insuficiente, a la larga, a un espíritu verdadero”.

La universidad es pues, también el lugar para hacerse las preguntas más profundas y abordar los temas de la mayor trascendencia que desde antiguo preocupan a la humanidad ¿adónde vamos, de dónde venimos, quiénes somos? Y como no hay posibilidades de una respuesta absoluta sólo desde la racionalidad, pese a vanos y pretenciosos intentos, nos conformamos con indagar modestamente en cómo somos, de qué estamos hechos y dónde estamos para, si cabe, elucubrar a partir de ahí cada uno sus propias presunciones. Por ello, nuestras reflexiones muchas veces tienen algo de ficción, porque como bien lo hizo notar Laín Entralgo, el saber cierto es penúltimo y el saber último es siempre incierto.

Pero no importa, a pesar de todo insistimos y nos seguimos enfrentando a esos mismos temas aún hoy, y seguramente mañana también. Por eso los discutimos y escribimos sobre ellos, porque esa es la mejor manera de pensarlos profundamente. Y así los temas de la Universidad son los temas del hombre, que no se limitan a cuestiones de desarrollo técnico, sino que abarcan también su identidad humana, el universo, la libertad, la enfermedad, la felicidad o la muerte entre tantos otros. ¿Qué nos mueve como universitarios a enfrentar estos temas y persistir aún cuando tantos han intentado echar luz sobre ellos y han fracasado? No lo sé, pero quizás el solo hecho de que podamos sospechar que este mundo, y antes que este mundo, nuestro propio país, podría ser de otra forma, mas justo, mas equitativo, más pacífico, en definitiva mejor para nosotros y para todos, impide nuestra resignación y alimenta

nuestra búsqueda, para no dejarlo como es y renovarlo. Por ello, lo fundamental para nosotros como universitarios es formar personas. El secreto de nuestro éxito está allí. Así de sencillo, y de complicado.

Los progresos, seguramente serán genuinos si no perdemos de vista la integralidad de la persona humana. La gran controversia, sostenía Juan Pablo II, no terminó con la caída de la ideología marxista, sino que persiste hoy en día, e incluso se ha intensificado. Las formas que han adoptado la decadencia de la concepción de la persona y del valor de la vida humana se han hecho más sutiles y, por eso mismo más peligrosas. Se abre así para los académicos un vasto campo de acción precisamente en las universidades. Los progresos que las investigaciones científicas han logrado confirman plenamente tales temores. De ser sujeto y fin, el hombre, a veces, se ha convertido en objeto o incluso en materia prima: basta recordar los experimentos en ingeniería genética o aquellos con células madres que suscitan grandes esperanzas, pero también, a la vez, muchos temores ante el futuro del género humano. Tan profundo es el cambio, que no pocas personas han comenzado a dudar incluso de su propia identidad, de su modo de pensar, de concebir a la familia y al prójimo, y hasta de su propia sexualidad considerándola más un fenómeno mental que físico.

Fueron proféticas las palabras del concilio Vaticano II cuando expresó “Nuestra época, más que los siglos pasados, necesita de sabiduría para que se humanicen todos los nuevos descubrimientos realizados por el hombre. El destino futuro del mundo está en peligro si no se forman hombres más sabios” (Gaudium et spes, 15). El gran desafío que se nos

plantea en la universidad en el campo de la investigación y la docencia consiste en formar personas no sólo competentes en su saber profesional, sino a la vez bien dotadas de auténtica sabiduría. Eso es lo que intentamos hacer en la Austral y eso es lo que queremos hacer con Uds. queridos estudiantes.

Pero estamos en Sudamérica y dentro de la misma, en la Argentina. Son muchas las tareas prioritarias y urgentes que reclaman hoy la atención de la universidad en nuestro país, tanto en temas de economía, como de salud, de seguridad jurídica, de comunicación, de actividad empresarial y tecnológica, o de educación, todas disciplinas que Uds. han elegido para profundizar y especializarse en la Universidad Austral.

Entre todas esas prioridades hay, al decir de Victor Massuh (La Nación, 22-5-1988) “una tarea marginal, de poco brillo, nada urgente, pero a la que concedo la mayor importancia: se trata de una educación del sentimiento”. Todos somos conscientes de que los argentinos somos emocionales. Hay yacimientos inagotables de pasionalidad, si cabe la palabra, y emocionalidad en la identidad del ser argentino. Esta abundancia de sentimiento y corazón constituye una reserva espiritual muy valorable, riquísima si se quiere, pero que lamentablemente frecuente el exceso y el desequilibrio y cae en una reactividad extrema ante ciertos acontecimientos, frecuentemente sin valorar su dimensión o su verdadera importancia. Todo hecho, malo o no tan malo o incluso bueno, pero que puede no ser de nuestro agrado, puede generar una reacción desmedida y desproporcionada.

Por ello, considero que no debemos dejar de pensar cómo desde la universidad podemos moderar ese modo de ser, sin desnaturalizarlo o perderlo, porque aunque tiene un gran valor en sí mismo, puede y debe ser modelado. La universidad es un lugar para promover el pensamiento crítico limitando o alineando mejor la respuesta pasional a la que somos proclives. Necesitamos por tanto, de una educación de la sensibilidad y el sentimiento, una cultura de los ojos, del oído, de los movimientos del cuerpo, del paladar y la palabra, de los modos de dirigirnos a los demás, en síntesis, de la estética y la verdad. Las artes tienen mucho que ver con esto, la música, la danza, el teatro, el cultivo de la palabra y las buenas maneras, también el deporte cuando asegura una relación armónica entre los miembros de un equipo.

Desde la universidad se puede hacer mucho en este terreno y el programa de vida universitaria que desarrollarán en paralelo con los temas específicos de sus carreras se orienta a este fin. Podemos, de un modo racional, encarar esos temas que realmente nos apasionan y encienden, en un marco de verdadera libertad en el que se promueva la paz y la inclusión social genuina, el amor al trabajo bien hecho, la defensa de los derechos humanos, la solidaridad, el impulso de la ciencia y el desarrollo de nuevas tecnologías, la preocupación por la ecología y tantos otros temas igualmente importantes. Ciertamente no es fácil, porque proliferan no sólo defectos, sino ofensas a Dios y al prójimo: el desprecio de la vida humana y de su dignidad, la violencia, la pobreza, la pornografía, el agnosticismo, el relativismo, la corrupción y las amenazas a la familia.

Estos objetivos que señalo en relación a la forma de ser del argentino vienen bien, a cuento de una de las noticias mas importantes que ha habido en el mundo y particularmente en la Argentina hace dos semanas. Porque el nuevo Papa Francisco es la prueba viviente de que toda la fogosidad que poseemos puede ser contenida, calmada, serenada, sin por ello perder firmeza, fortaleza ni claridad de ideas. Nuestro nuevo y querido Papa, además de ser una persona de profunda fe cristiana, ha sido un hombre de la Universidad, primero en la Universidad del Salvador y luego en la Pontificia Universidad Católica en Buenos Aires a la sazón, dos universidades privadas, como la nuestra.

En la Austral estamos convencidos que de nuestro estudio y de nuestra enseñanza, tienen que salir otros aires, puros y poderosos, que neutralicen con su limpieza, la esterilidad de todo materialismo y reviertan la corrupción que inunda a nuestro país y al mundo, haciendo manifiesto nuestro espíritu. Labor de siembra positiva que afrontaremos no como señal de apartamiento, sino como signo de compromiso, insertándonos en este mundo que tenemos por legado y del que somos y nos sentimos protagonistas: este es el mejor y único momento para nuestro trabajo universitario, ¡hoy y ahora!

Siguiendo estas ideas, en distintas ocasiones el actual Prelado del Opus Dei, Monseñor Javier Echevarría ha manifestado la necesidad de promover estudios interdisciplinarios que induzcan a muchas personas e instituciones en todo el mundo, a fomentar –como lo hicieron los primeros cristianos- una nueva cultura, una nueva legislación, una nueva moda, coherentes con la dignidad de la persona humana.

La referencia a promover una nueva cultura, una nueva legislación, una nueva moda, respetuosas de la dignidad del hombre, está describiendo una tarea positiva, una renovación, una regeneración, una mejora. Y los universitarios debemos estar en la génesis de esos cambios.

No basta con lamentarse de la cultura actual, de la moda imperante, de las leyes vigentes. No cabe limitarse a criticar las carencias del ambiente, ni añorar un pasado mejor. El trabajo universitario, tal como lo concebimos en la Austral, de los profesores, de Uds. los alumnos y de todos los que la integran, no es tarea de nostálgicos sino de rebeldes. Estamos convencidos de que el futuro depende del buen uso que hagamos de nuestra libertad y que, en gran parte, la responsabilidad es nuestra.

Por eso la clave de nuestro futuro universitario reside en la dinámica fidelidad a un espíritu fundacional que lleva a valorar la dignidad intocable e irreplicable de cada persona, a apreciar que lo importante en una universidad es tanto enseñar como aprender, y anteponer el bien común a los intereses particulares de cada uno como individuo. Todas cuestiones sobre las que debemos velar de un modo permanente.

De ese modo, quien nos trate, ha de percibir que el secreto de la felicidad de quienes forman parte de la Universidad Austral es el amor a Dios y a los demás, no el egoísmo; la fidelidad, no la frivolidad; el servicio, no el interés. La excelencia humana y profesional que perseguimos reclama de todos un esfuerzo constante por mantener y acrecentar un verdadero estilo universitario en la convivencia y en la atención. La



amabilidad y deferencia en el trato, la forma de comportarnos ante las contrariedades, la atención delicada a las opiniones ajenas. La corrección en el hablar y en el modo de presentarse son esenciales para lograr el ambiente de respeto y amistad propio de la institución universitaria.

Como ven queridos alumnos, hay trabajo. A sumergirse pues en este nuevo tramo de sus vidas trabajando, con la cabeza puesta en el estudio, con las dos manos en las cosas, con nuevas ideas en la inteligencia, con fuerza en la voluntad, con caridad para con los demás y para con Dios en el corazón y por sobre todo con la elemental sensatez que tanto necesita nuestro país.

Con estas palabras declaro inaugurado este nuevo Ciclo Lectivo.

Muchas gracias,

Marcelo J. Villar

Pilar, 25 de marzo de 2013